

El autor de esta obra, natural de Polonia, católico, literato y periodista se ha dado a conocer en España, por la traducción, realizada por Ana María Rodón de sus «Cartas de Nicodemo», editadas por HERDER de Barcelona. El libro se publicó en Polonia en 1954 por primera vez, y son cinco ya las ediciones aparecidas en lengua polaca.

Ignoramos el uso que haya podido hacer el autor de una colección de cartas de Nicodemo, documentos declarados apócrifos, y que se divulgaron profusamente durante la Edad Media. ¿Le inspiraron simplemente el título? ¿El estilo epistolar del libro? ¿Acaso, le sirvieron estas cartas existentes de material de consulta? ¿Es la obra simplemente una nueva versión de las cartas antiguas?

J. D. no escribió prólogo ni epílogo en su libro, ni media palabra que nos ayudara a contestarnos esas pregun-

ficción
y
realidad

PICNIC

Con un notable retraso y con una cinta bastante usada, contribuyendo con esto a una defectuosa visualidad y sincronización, ha llegado este film a la pantalla del Cinema Victoria. Venía precedido de una lejama propaganda y también formaba parte de ser entre las elegidas en un reciente referéndum popular. De ahí que pese a la dilación en su estreno, fuera esperada con expectación.

Una vez acudido a su estreno, nos presentan uno de los temas tan reiterados en el cinema americano. Presenciamos el mismo tablero de juego de otras veces, con las mismas piezas. Si algún cambio ha habido, ha sido el del Cinemascope y el de convertir el blanco y negro en color.

Pero han seguido las mismas jugadas. La familia media rodeada de una situación económica bastante de color de rosa. Dos hijas, agraciada y preferida la mayor; la otra chillona y envidiosa. Bastante precoz por su edad. El lugar y vecindad que rodea a estas mujeres es campo apropiado para el technicolor.

Y de pronto empieza el juego, o el ataque, como se quiera. Lo inicia un hombre joven, del cual nos iremos enterando de su infortunio por el diálogo, no por su estado de ánimo, que además de ser alegre, de momento, es falto de educación, desatento, a la vez que bastante hercúleo. Lo importante será que él, que busca trabajo para ganarse la vida, se ganará el corazón de

la bella hija mayor de aquella familia media, habiendo tenido la suerte de caer en aquel cielito lindo.

Y en efecto. Así sucede cuando aquel corazón ardiente, apasionado, se queda embelesado ante las habilidades danzarinas del sin trabajo, en un mambo contorsionista o algo por el estilo.

No falta también en el tablero, recuérdese que así hemos comparado la escena al empezar, la mujer que viendo marchitarse la gracia femenina de su persona, arremete contra un buen partido y lo logra. Como también podemos ver al novio amorosamente desafortunado pese a su buena posición social y a su educación sensible y fina.

Pero al lado de estos tópicos y convencionalismos tan reiterados hay una labor excelente. Rosalind Russell con su veteranía indiscutible, nos deleita en su papel de la maestra ya algo marchita.

Su oponente, Cliff Robertson, no se queda atrás y nos deleita igualmente con sus situaciones de soltero empedernido. Susan Strasberg resulta un encanto de hermana quisquillosa; de diablillo con faldas. Recio como él sólo, William Holden, y finalmente, la deliciosa Kim Novak, con su amor ora ardiente y avasallador, ora asustadizo y callado.

Ella supo dar tal fuerza intensa al dramatismo amoroso que se debate en el film, que quizá, de otra forma, habría resultado mediocre pese al ambiente que le rodeaba. — C. Isern II.

tas. Y sin tener esta respuesta a mano, es muy difícil enjuiciar el auténtico valor de la obra.

En el supuesto que J. D. sólo hubiese conocido el texto de San Juan que hace referencia a Nicodemo, príncipe de los fariseos, la obra que nos ocupa sería de un mérito excepcional. Nicodemo, apenas esbozado por San Juan, aparece aquí vivo, completo, sin una rendija en su carácter, al aire su pensamiento, discurrendo por el país de Israel, en pos del Profeta de Galilea, temeroso, ansioso y dudando de que fuese realmente el Mesías. Nicodemo escribe sus impresiones del Divino Taumaturgo a un amigo, y sus cartas constituyen, en esencia, una vacilante y rotunda Historia de Cristo.

Si Nicodemo fué personaje de ayer, puede también ser personaje de hoy y del futuro. Nicodemo es el hombre que exige para sí y en su beneficio particular, sea éste moral o material, una señal, un signo de Dios, un milagro o una palabra en los que cimentar su fe. No les basta la pluralidad y multiplicidad de unos milagros, no entienden la palabra que va dirigida a todos, la estrella que ilumina todas las noches. Dios ha de ratificar para ellos solos, en exclusiva, su poder, su calidad de Dios. Eligen y no saben pedir. Anhelan y no dan. Les coartan los respetos humanos. Les desilusionan sus propias dudas. No están dispuestos a dar, si antes no cobraron ya la recompensa. Desconfiados, incluso de Dios. Exigentes, pero con una exigencia que paradójicamente es un principio de fe. Fe que no ven. No obstante, acaban deslumbrados por ella, gracias a la recia suavidad de la misericordia del Señor.

El lema que aparece en la primera página del libro, debido a la pluma de Antoine de Saint-Exupéry, es síntesis y glosa apropiada al carácter de Nicodemo.

«...Señor, — dije —, en la rama de aquel árbol hay un cuervo; comprendo que tu majestad no puede rebajarse hasta mí. Pero yo necesito un signo. Cuando termine mi oración, ordena a este cuervo que emprenda el vuelo. Esto será como una indicación de que no estoy completamente solo en el mundo...»

Y observé al pájaro. Pero siguió inmóvil sobre la rama. Entonces me incliné de nuevo ante la piedra.

— Señor, — dije —, tienes razón. Tu majestad no puede ponerse a mis órdenes. Si el cuervo hubiese emprendido el vuelo, yo ahora me sentiría más triste aún. Porque este signo lo hubiera recibido de alguien igual a mí, es decir, de mí mismo; sería el reflejo de mis deseos. Y de nuevo no hubiera encontrado sino mi propia soledad.

Me prosterné y me volví.

Pero en aquel preciso instante mi desesperación se transformó en una inesperada alegría...»

Nuestro Nicodemo, no obstante, pide una y otra vez que «vuelva el cuervo». Insiste en reclamar un signo, y mil signos no le convencen. Nicodemo es inteligente, obtusamente inteligente. Quizás no escuchó a Jesús, cuando exhortaba a todos que se hiciesen como niños. Quiere entender la Ley Nueva con palabras viejas. No comprendió el alcance del «volver a nacer» que le indicó Jesús. Pero sigue al Maestro, en espera del signo revelador. Nada. Y el horror del Gólgota le hunde en más graves confusiones. A pesar de ello, con José de Arimatea dará sepultura a Jesús.

Corren las primeras noticias de la Resurrección.

Dos hombres caminan hacia Emaús. Uno de ellos es Nicodemo.

Un tercer caminante se añade al grupo. Los dos amigos no reconocen a Jesús.

Interviene en su conversación; recita pasajes de las Sagradas Escrituras, los que guardaban relación con el Mesías, con su muerte...

«Horadaron mis manos y mis pies y contaron todos mis huesos...»

«Y el mismo Eterno le condenó a morir de muerte ignominiosa.»

«No movió los labios en defensa propia... Padeció en compañía de malhechores y por ellos oró...»

Rabí Nicodemo comprende al fin. Le están hablando